

## **Cuando éramos humanos (por WaD)**

La incertidumbre impregnaba la atmósfera de cuánto me rodeaba. Observaba en los rostros danzantes a mi alrededor la falta de ubicación en toda la situación, espacial y temporal. Al cambiar de andén en <<Cercanías>> de Atocha pude ver un gran ajeteo de personas... no muy distinto a cualquier viernes, solo que en esta ocasión se percibía algo diferente. La luz se proyectaba sobre el suelo de manera distinta, el olor era atípico y la sensación de que algo estaba pasando era aún más pronunciada que la de días atrás, a pesar de la dificultad de entender la situación por la que estábamos pasando.

Yo había acabado mi jornada laboral y era curioso observar cómo en determinados lugares el vaivén de las personas era mínimo y, por otro lado, en estaciones, trenes y metros la afluencia era considerable. Hacía tan solo tres días que todo había empezado a cambiar. Los jóvenes, algo más desenfadados y en su mayor pureza de insensatez, confundieron la interrupción de las clases por medidas sanitarias con unas vacaciones. Todavía puedo recordar los numerosos comentarios en redes sociales donde los más responsables sentían una incertidumbre total sobre sus exámenes, fechas de entrega de trabajos... mientras el resto disfrutaba en el parque o en los bares de la compañía de sus amigos y compañeros de clase sin importar nada más. La frase más escuchada entre ellos no dejaba de ser la que se asemejaba con el deseo de que todo continuara así, sin ser conscientes del verdadero problema que se nos venía encima. Un problema que nos convertiría en asesinos...

Pero responsabilizarles no sería lo más idóneo, ni lo más honesto. La humanidad estaba comenzando a caer una vez más. Una caída sin sentido hacia un pozo oscuro del que creería salir poco tiempo después. Aún no éramos conocedores de la magnitud de lo que estaba ocurriendo. Algo que, tras un análisis exhaustivo de lo sucedido, nos reportaría una dosis de sinceridad y realidad a la par que vagaría por nuestras mentes sin mayor rumbo que la del recuerdo residual de una verdad tan aterradora como cierta... no estábamos preparados para ser humanos.

Era un 13 de marzo cuando yo me encontraba esperando el tren en Atocha para volver a casa. <<Idos a casa hasta nuevo aviso...>>, esa fue la orden clara de mi jefe. Aún puedo rescatar de mi memoria el sudor que le recorría la frente, probablemente por no saber qué camino debía tomar. Algo que nos cogió a todos desprevenidos, sin nada pautado, sin protocolo de emergencia, sin conocimiento de nada sobre nada. Movimientos y decisiones tomadas por impulsos y desconocimiento sin poder intuir, si quiera, el camino que llevarían los acontecimientos. <<Idos a casa hasta nuevo aviso...>>, me repetía una y otra vez. <<¿Será verdad que esto del coronavirus está tomando un color importante?>>, me preguntaba. Observaba las últimas noticias en mi móvil seguida de las opiniones de los <<jueces>> de Twitter. Expresiones variopintas, a cada cual más estrambótica, que mostraban la realidad esperpéntica de lo acontecido: realmente no teníamos ni idea de lo que hacer y cualquier absurdidad sería válida. Una humanidad que se creía fuerte, unida y que todo lo tendría listo y preparado para cualquier problema. Una sanidad fuerte pero no invencible, una estructura sólida pero no inquebrantable, como la voluntad de los que la conformaban.

<<Jueces>> sentenciaban con vara de hierro y maza de plomo cada paso dado por cualquier organismo, daba igual que fuera autonómico o estatal. Médicos líderes de opinión establecían sus

propias pautas en base a lo poco publicado o conocido sobre el virus que nos acechaba. Otros, por el contrario, especulaban con las empresas que ganarían dinero gracias a la vacuna de un virus diseñado de manera artificial mientras los más escépticos dejaban ese tipo de teorías aparcadas. Información incorrecta, incompleta o falsa circulaba por las aplicaciones de mensajería. Si alguien hubiera propuesto el sacrificio de la mitad de la población, muy probablemente una gran parte de la humanidad habría terminado sus días ahí. El miedo se extendía y la ignorancia hacía el resto. Un rimerero de acciones banales se acumulaban entre los mensajes virales que llegaban a los dispositivos de todos. Era un Apocalipsis silencioso con su eco en el mundo digital. Las expresiones del <<¡sálvese quien pueda!>> convertidas al lenguaje de los unos y ceros y con tinte moderno. No tan claro, pero sí en su esencia.

Menos de un minuto quedaba para la llegada de mi tren cuando recibí un mensaje de mi hermano que compartió a toda la familia. Aún recuerdo el tono del mismo. <<Señores, estamos en Estado de Alarma>>. Si bien es cierto que hasta el día siguiente no entró en vigor, aquella tarde ya la prensa se hizo eco de la decisión de los líderes. Mi piel se erizó, un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Miraba a un lado y al otro del andén para ver las diferentes expresiones en los rostros. Muchos pasajeros utilizaban sus teléfonos móviles para realizar llamadas a sus seres queridos. Algunos con tono de preocupación, otros con enfado. Pero si había algo que estaba claro era que todos, absolutamente todos, sin excepción, estábamos expuestos a un virus que no entendía de ricos y pobres; de altos y bajos; de blancos o negros; de hombres o mujeres... Porque, a fin de cuentas, esa era la mayor demostración de que todos somos iguales.

Las preguntas por los diferentes grupos de chat en los que me encontraba eran bastante claras y concisas. Si no tuviéramos ya suficiente con un virus que estaba por desolar parte del mundo, la gente tenía que saber en qué circunstancia nos encontrábamos... qué suponía un estado de alarma. Yo, en mi afán por intentar entender cuanta información acababa en mis manos, investigué por mi cuenta y, unido a mi escaso conocimiento sobre tal eventualidad, intenté explicar lo mejor que pude en qué consistía. Muchos se lo tomaban a broma, otros le daban la importancia justa y muchos se asustaron por lo que pudiera pasar a partir de ahora.

Aquella fue la auténtica <<Fase 1>>, la de tener que aceptar la realidad y la situación en la que nos encontrábamos. Comentarios que basculaban desde la insensatez acerca de la peligrosidad del virus hasta los alarmistas que realmente sentían que todo acabaría ahí. Aquella aceptación sería la primera de las batallas en las que luchar contra el virus. Difundir su importancia, eliminar la ignorancia y establecer el sentido más común... el de desear vivir.

Y de pronto llegó el confinamiento.

\*\*\*

Comenzó a cambiar la conducta de todo ser humano. Iba a comprar con mascarilla, guantes, etc. En los supermercados y grandes superficies abieseaba el papel higiénico, entre otros productos. El carácter nos cambió y empezamos a convertirnos en seres ruines que acusábamos a todo el que pasara por nuestro lado. No sería descabellado escuchar incongruencias de personas que acentuaban sus reproches sobre otras que no cumplían las medidas de seguridad a la par que en la intimidad aseguraban no importarles nada el virus. La mezquindad se extendió tan rápido como la hipocresía y muchos empezaron a convertirse en <<policías del virus>>. Si alguien paseaba con su hijo, con autismo u otros desórdenes, no se paraban a preguntarse el porqué sino, únicamente,

deslizaban su dedo índice acusador acompañado de las palabras más desagradables que el ser humano puede espetar tratando así de inconsciente a todo aquel que, sin importar el motivo o la licitud de su actuación, simplemente se encontraba en la calle en esos momentos. Incluso dependientas de supermercados hablaban de malos modos cuando alguien, aún no familiarizado con las nuevas medidas, cometía errores en su ejecución. Pude observar entonces cómo el ser humano se iba convirtiendo aún más y más en un ser perverso amparado por la auténtica ignorancia, pues no hay mayor expresión de esta que la voluntad de no querer saber.

Pero, sin embargo, un pequeño rayo de esperanza comenzó a colmar los corazones. Parecía que nos estábamos uniendo contra el virus en una campaña de apoyo a aquellos que lo encaraban directamente. Sanitarios, policías, trabajadores de supermercados, servicios de transporte, limpieza... todos ellos estaban en primera línea mirando fijamente al enemigo, cara a cara, con valor y coraje para transmitirle el mensaje entre especies de que no nos íbamos a rendir y que íbamos a salir victoriosos. La piel se me erizaba con cada aplauso, con cada canción “Resistiré” a todo volumen, con cada pancarta con la palabra “Gracias”. Era maravilloso ver cómo muchas empresas comenzaban a aportar su granito de arena para hacer más llevadero el confinamiento con productos de entretenimiento gratis para los más pequeños. La esperanza seguía creciendo y creciendo al observar y oír en los balcones cómo músicos con un gran talento nos deleitaban con un manjar para nuestros oídos cuando tocaban piezas musicales desde las terrazas, totalmente gratis, para paliar el dolor del encierro. Pero íbamos más allá y nuestra humanidad seguía aumentando sus huestes en cada uno de nuestros cuerpos al empatizar con los niños más pequeños, al escuchar cada megáfono de coche policía cantar un “cumpleaños feliz”, al empapársenos los ojos en lágrimas al escuchar el testimonio descorazonador donde alguien había perdido a un ser querido por este maldito virus.

¿Y era todo? ¡No! Nos parecía poco y seguíamos mirando hacia delante en cada persona desinteresada que se ofrecía para llevar la compra a ancianos con poca capacidad de movimiento. En cada joven voluntario de La Cruz Roja, en cada gesto, en cada mirada, en cada abrazo...

La humanidad hizo acto de presencia como especie inteligente, con alma y con corazón. Un corazón enorme del que yo me sentía muy feliz de formar parte.

\*\*\*

La humanidad es capaz de hacer cosas increíbles y, minutos después, puede hacer lo más deplorable. Muchos empezamos a convertirnos en asesinos por la calle cuando la desesperación llegó. Cada vez que nos acercábamos a un mayor sin mascarilla o sin respetar el distanciamiento social. Cuando empezamos a quejarnos de esos mismos que, días antes, habían estado jugándose la vida combatiendo por nosotros. El asco se apoderaba de mi ser, la visceralidad crecía con odio al contemplar la necesidad de poder que muchos desarrollaron. Donde un comentario desagradable pasaba por alto y hacía olvidarnos de la amabilidad con la que días antes nos tratábamos. Cuando todo era una queja, una reclamación o una imposición de nuestros más oscuros deseos. Justo en ese momento en el que empezó a importarnos muy poco la vida del de al lado. Cuando hablar de la muerte de alguien por COVID se convirtió más en una anécdota que en una desgracia. Justo en ese punto en el que las muertes comenzaron a ser una estadística y no un problema. Cada uno sacaba a relucir el pequeño dictador que tenía dentro haciendo nuestra propia versión del experimento del Doctor Zimbardo en la prisión de Stanford. ¿Cómo era posible que en pocos días hubiéramos

pasado de ser una especie digna de la que sentirse orgulloso a ser una especie capaz de avergonzarnos?

La <<Madre Naturaleza>> también se llevó su peor parte. Pasamos de tener un cielo limpio gracias al confinamiento a dejar mascarillas o guantes por el suelo. Si la humanidad no podía contaminar con humo, lo haría con los despojos de lo que nos había estado protegiendo y que aún lo hacía. No muy diferente a cómo estábamos tratando a los nuestros, protegidos y admirados por todos y desechados como residuo innecesario al acudir a reuniones sin protección o al salir de fiesta sin importar que el virus volviera a campar a sus anchas.

Sin duda la batalla que el COVID nos estaba ganando no era la de las muertes... esas las provoca la humanidad solita sin ayuda de ningún agente externo. La peor de las batallas para la que ya nos habíamos rendido era la de sacar lo peor del ser humano. Luchábamos contra esa característica con uñas y dientes durante nuestro apoyo en los balcones, nuestra concienciación y nuestra valoración de los que estaban de nuestro lado en la lucha. Pero dejamos de pelear cuando permitimos que nuestras miserias salieran a relucir para con nuestros semejantes. Incapaces de contener la diarrea verbal que corría por nuestra sangre. Los peores virus de todos que dejamos entrar en nuestro organismo; el odio, el egoísmo, la incomprensión, la soberbia, la mezquindad... Unos virus para los que parece no haber cura ni vacuna, pues esta está tan lejos como cerca; está en nuestras manos. Pero es mejor no oponer resistencia y justificar así nuestra crueldad y nuestra miserable existencia.

¡Qué bonito! ¡ Qué precioso! Fue fabuloso... lo que sentí... cuando éramos humanos.